



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

OBISPO

**HOMILÍA SOLEMNIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN
SANTUARIO DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN,
DIÓCESIS DE CIUDAD GUAYANA
(08/XII/2023)**

Muy apreciados hermanos:

Agradezco al pastor de esta iglesia particular, Mons. Carlos Cabeza, por la deferencia que ha tenido con este servidor, al invitarme a presidir esta Solemne Eucaristía hoy, fiesta de la Inmaculada, patrona de la Diócesis de Ciudad Guayana, en la cual recibí mi formación cristiana, me hice sacerdote y la serví durante 22 años como presbítero, antes de ser llamado al Colegio Episcopal.

Saludo, especialmente, a los hermanos sacerdotes, las religiosas, seminaristas y a todo el pueblo fiel guayanés, que ha venido a honrar a la bendita entre todas las mujeres.

En esta Parroquia de la Inmaculada recibí el sacramento del Bautismo, y solía visitarla cuando mis padres venían al mercado, único que existía entonces. Viene a mi mente el precioso campanario que tenía la antigua iglesia. El trabajo eximio que realizó Mons. Zabaleta, misionero español, que se sembró en tierras guayaneses y al cual, en vida, se le dedicó la avenida Monseñor Zabaleta, y también el terminal de pasajeros, por ser pionero del progreso de esta pujante ciudad. En esta Iglesia, además, acompañé a mi hermano José Gregorio Salazar en la celebración de su primera misa. Este templo ha sido testigo del nacimiento, crecimiento y consolidación de esta iglesia, pues en él conservamos la imagen de la Purísima, que se encontraba en la Misión (actualmente, en ruinas) de los capuchinos catalanes.

Por estos motivos, nos unimos al salmista y exclamamos: “cantemos al Señor un canto nuevo, pues ha hecho maravillas”. Pido a la Purísima Concepción del Caroní, que los miembros de esta iglesia secunden el deseo del Papa Francisco de ser una iglesia, en salida misionera, servidora de los pobres, sinodal.

“*De María nunca se dirá lo suficiente*”, es una expresión que solía decir San Bernardo de Claraval, para manifestar la grandeza singular de María, como lo hemos escuchado en el Evangelio que ha sido proclamado. El Arcángel San Gabriel, enviado por Dios, saludó a María, y le dice: “*llena de gracia*”, “*el Señor está contigo*”, “*el Espíritu Santo vendrá sobre ti*”; Santa Isabel la recibe en su casa, y exclama: “*bendita tú entre todas las mujeres*”, “*¿quién soy yo para que la madre de mi Señor venga a visitarme?*”, “*dichosa tú que has creído*”; la misma virgen, en su canto de alabanza, profetiza: “*bienaventurada me llamarán todas las generaciones*”, profecía que fue corroborada por una persona que al ver la integridad de Jesús, exclamó: “*¡Dichosa la mujer que te dio a luz y te crió!*”.

Y nosotros, queridos hermanos, nos unimos a esa legión de creyentes que, a lo largo de los siglos, ha cantado las grandezas que Dios hizo en Ella y somos testigos

de la asistencia que siempre ha brindado a los discípulos misioneros de su hijo, Nuestro Señor Jesucristo.

Y no sólo la Sagrada Escritura nos muestra la grandeza de la Virgen, sino también la Iglesia que ha acogido el sentido de fe del pueblo cristiano y ha declarado 4 dogmas, los cuales deben ser asentidos con fe. Esos dogmas son: la Maternidad Divina, La Virginitad Perpetua, la Inmaculada Concepción y la Asunción a los cielos en cuerpo y alma.

Hoy celebramos el tercer dogma: La Inmaculada Concepción, es decir, María por haber sido destinada a ser la madre de Jesucristo, el Salvador, ella fue liberada de la mancha del pecado desde su concepción. Jamás estuvo separada de Dios. Así nos lo recuerda el prefacio de la misa de hoy: *“Porque preservaste a la Virgen María de todo pecado original para que, enriquecida con la plenitud de tu gracia, fuese digna Madre de tu Hijo, llena de juventud y de limpia hermosura. Purísima tenía que ser, Señor, la Virgen que nos diera al Cordero inocente que quita el pecado del mundo. Purísima la que, entre todos los hombres, es abogada de gracia y ejemplo de santidad”*.

Aunque era una verdad creída por el pueblo de Dios desde los inicios del cristianismo, la Iglesia creyó conveniente declararlo como dogma en el siglo XIX, en el año 1854. Un gran teólogo, Duns Scotto, ante una gran cantidad de teólogos famosos del siglo XIV, nos lo explica en forma sencilla, a través de unas preguntas y respuestas:

1º. ¿A Dios le convenía que su Madre naciera sin mancha del pecado original? Todos respondieron: Sí, a Dios le convenía que su Madre naciera sin ninguna mancha. Era lo más honroso para Él.

2º. ¿Dios podía hacer que su Madre naciera sin mancha de pecado original? Todos respondieron: Sí, Dios lo puede todo, y por tanto podía hacer que su Madre naciera sin mancha, Inmaculada.

3º. ¿Lo que a Dios le conviene hacer lo hace? ¿O no lo hace? Todos respondieron: Lo que a Dios le conviene hacer, lo que Dios ve que es mejor hacerlo, lo hace.

Entonces, Duns Scotto exclamó:

Luego...

1º. Para Dios era mejor que su Madre fuera Inmaculada: o sea sin mancha del pecado original.

2º. Dios podía hacer que su Madre naciera Inmaculada: sin mancha

3º. Por lo tanto: Dios hizo que María naciera sin mancha del pecado original. Porque Dios cuando sabe que algo es mejor hacerlo, lo hace.

Como he dicho anteriormente, María es la criatura que está más cerca de Dios, como dice el canto: “más que tú, sólo Dios, sólo Dios”. Pero, a la vez, es la más cercana y parecida a nosotros, pues en nuestro modelo de virtud.

Y quiero destacar en esta reflexión, una virtud que tanto necesitamos hoy, en estos momentos tan difíciles que estamos viviendo en Venezuela, y que María vivió de modo especial: la virtud de la fortaleza.

Fortaleza significa energía, valor, consistencia. Es la virtud que robustece el ánimo frente a todo peligro o adversidad, que proviene de querer hacer el bien y rechazar el mal, sobre todo frente a la muerte. Los sinónimos de la palabra fortaleza son vigor, energía, fuerza, robustez, vitalidad, dureza, resistencia, ánimo, brío, garra, potencia. Y los antónimos: debilidad, abatimiento, flaqueza.

En este sentido, podemos definir a María, como mujer fuerte. Si leemos detenidamente las Sagradas Escrituras, nos daremos cuenta que la vida de la Virgen no fue fácil, se vio amenazada por muchas situaciones difíciles, las cuales enfrentó con reciedumbre de ánimo.

- Desde que María pronunció las palabras “*He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*”, Ella comenzó a transitar por un camino lleno de espinas y fue sostenida por la virtud de la fortaleza.

- Luego del nacimiento de Jesús, 40 días después, cuando presentó a su Hijo en el templo, escuchó la profecía de Simeón: “*una espada te atravesará el corazón*” (Lc 2,22), que de alguna manera profetizaba el dolor inmenso que sufriría en el Calvario.

- María vivió el exilio, cuando huyó a Egipto (Mt 2,13), porque corría peligro la vida de Jesús; y tuvo que soportar las noticias de cuántos niños de sus amigas habían sido asesinados, por los caprichos del rey Herodes, que padecía manía persecutoria.

- Cuando Jesús cumplió 12 años, en una de las tantas celebraciones en las cuales debía participar, se pierde en el templo, y la Virgen le dice: “*Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? ¡Mira que tu padre y yo te hemos estado buscando angustiados!*” (Lc 2,41).

- Y, cuando se cumplió la hora, cuando llegó el momento en que Jesús sufrió y murió por nosotros, María nunca se apartó de su hijo, sufrió con él, lo consoló con su mirada y presencia, y permaneció “de pie”, desgarrada por el dolor, llorando, pero, a la vez, fuerte y grande, a la altura de lo que estaba acaeciendo. Queridos hermanos, imaginémonos en este momento, a María avanzar al lado de Jesús camino al Calvario, ver cuando lo crucifican en la Cruz y lo elevan en el madero; cuando dice sus últimas palabras, cuando le colocan el cuerpo ya sin vida en sus manos. ¡Tanto sufrimiento, dolor, angustia, zozobra, pero también tanta entereza, fortaleza y muestra de fe!

Eso significa ser fuerte. Santo Tomás de Aquino nos enseña que la virtud de la Fortaleza, se encuentra en la persona que está dispuesta a afrontar los peligros y a soportar las adversidades por una causa justa, por la verdad, por la justicia.

La virtud de la fortaleza requiere siempre una cierta superación de la fragilidad humana y, sobre todo, del miedo. Porque el ser humano teme, por naturaleza, al peligro, los problemas y los sufrimientos. El miedo puede carcomer el valor a quien vive en clima de amenaza, opresión o persecución.

A la virtud de la fortaleza se opone el temor desordenado, la cobardía, el apocamiento de ánimo, la flojera natural, la comodidad, que nos impulsan a huir del sacrificio y el dolor.

Un sociólogo describió nuestra época con la metáfora de la liquidez. Según él, hemos pasado de una sociedad moderna, que buscaba la solidez en los grandes principios y en las grandes causas, a una sociedad posmoderna que es líquida y antojadiza. Todo esto, trae la desintegración de las vidas, la precariedad de los vínculos humanos en una sociedad individualista, de relaciones transitorias en las que no se mantienen ni la lealtad ni el compromiso adquirido. Tiempos líquidos, sociedad líquida, amor líquido, que desembocan en un hombre líquido sin consistencia, sin estructura, sin compromiso. Es decir, en una persona floja que se amolda a las exigencias del mundo, que huye de todo sacrificio y es esencialmente pusilánime, mediocre, temeroso.

Todo esto contraría el mensaje cristiano, que nos llama a alcanzar la perfección de la vida cristiana, que es la santidad; nos invita a olvidarse de sí mismo y a dar la vida; nos llama a tener ambiciones grandes, ideales nobles, pues el Señor no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de valentía.

Queridos hermanos, hemos nacido para cosas grandes. Dios, tu familia, esperan que seamos fuertes, que nos realicemos plenamente. Hemos vivido momentos muy difíciles en nuestro país: la crisis económica, la familia dispersa por toda la geografía mundial, muertos a causa del COVID-19. ¡Que todas estas experiencias nos ayuden a fortalecer nuestra voluntad, a sacar una enseñanza de vida, a dar lo mejor de nosotros mismos! Las circunstancias difíciles, los retos, la adversidad deben ser para nosotros oportunidades **para ser partido** de todo, incluso de la derrota, para seguir luchando y no dejarse abatir. Y lo voy a ilustrar con una fábula:

En la selva vivían tres leones. Un día, el mono, representante electo por la comunidad, convocó una reunión para pedir a todos los animales una toma de decisión: -¿Cuál de los tres leones deberá ser nuestro Rey?

Tras mucho deliberar, los animales comunicaron a los leones la decisión tomada:

-Hemos encontrado una solución muy simple para el problema. Los tres van a escalar la montaña más alta de la región. El que llegue primero a la cima será consagrado como Rey. El desafío fue aceptado, y todos los animales de la selva se reunieron para asistir a la gran prueba. El primer león intentó escalar y no llegó. El segundo empezó con mucha fuerza, pero no lo logró. El tercero puso empeño desde el inicio y tampoco lo consiguió.

Los animales restaban impacientes y curiosos; si los tres habían sido derrotados, ¿cómo elegirían un rey? En ese momento, el águila, grande en edad y sabiduría, pidió la palabra:

-¡Yo sé quién debe ser el rey!- Todos los animales hicieron silencio y miraron expectantes.

-¿Cómo?-, preguntaron.

-Es simple- dijo el águila.

-Yo estaba volando bien cerca de ellos y, cuando regresaron derrotados de su escalada, escuché las palabras que cada uno dedicó a la montaña:

El primer león manifestó: – ¡Montaña, me has vencido!

El segundo exclamó: – ¡Montaña, has podido conmigo!

Y el tercero dijo: – ¡Montaña, me has vencido, por esta vez!

Los tres leones se sintieron derrotados, pero únicamente el tercero utilizó ese mensaje para darse otra oportunidad; esto le convierte en el más fuerte de todos”.

Así actuó Jesús, que cayó 3 veces y tuvo que ser ayudado por el Cireneo, por el peso de la cruz. Así fue María que, no obstante los consejos que le dieron para que no acompañara a Jesús en la cruz, ella estaba allí, consolando a su hijo desde la distancia y participando en su sufrimiento, por la causa de nuestra salvación. María afrontó, con firmeza y decisión, todas dificultades, esperó contra toda esperanza y nos dio ese gran ejemplo a seguir.

En esta fiesta de la Virgen, queridos hermanos, el Señor nos vuelve a decir: “Permanezcan firmes en la fe, sean valientes y fuertes” (1Cor 16, 13-14), “Cobren ánimo y ármense de valor” (Sal 31, 24). Sé valiente y ten ánimo; no tiembles ni tengas miedo; Yahvé tu Dios está contigo adonde quiera que tú vayas” (Jos 1,9). Así sea.

+ *Ángel Carballo*
† **Ángel Francisco Carballo Fermín**
Obispo de Cabimas



Prot. 2023/246